

## Fray Manuel de Tuya O.P.

### Jesús camina sobre las aguas. 14,22-33

Este episodio de la deambulaci3n milagrosa de Cristo sobre las aguas s3lo lo omite Lc. Se explica por su tendencia a abreviar todo el final del ministerio de Cristo en Galilea. Mt es el que da la escena m3s completa. Mc y Jn omiten en ella el caminar de Pedro sobre las aguas. Pero se explica bien en ambos. Mc refleja en 3l la omisi3n de este episodio que Pedro har3a. J3 busc3, en la estructura «simb3lica» de su evangelio, al narrar hechos hist3ricos, destacar su valor pedag3gico-apolog3tico en orden a la Eucarist3a, cuya promesa relata a continuaci3n. Le interesa s3lo destacar la figura milagrosa de Cristo en orden a la posibilidad del milagro eucar3stico.

Jes3s «forz3» a sus ap3stoles a separarse de las turbas y a embarcarse. Era esto deshacer de un golpe toda aquella incipiente revoluci3n pseudomesi3nica. Para distanciarlos bien de aquel ambiente excitado, les hace ir al mar, navegar, «ir delante de El a la otra orilla», que es «hacia Betsaida», seg3n Mc, o «hacia Cafarna3m», seg3n Jn. Se proponen diversas soluciones. Pero en Mt no hay problema topogr3fico 66, Las divergencias en los otros evangelistas, como las precisiones de Mt, acaso puedan explicarse por citas redaccionales un poco convencionales en orden a orientar a los diversos lectores a los que se destinan estos evangelios, por ser conocedores 3stos mejor del punto de referencia que se les hace. Otros apelan a otras soluciones m3s o menos viables.

«Ya tarde, los ap3stoles embarcaron. La barca se hab3a alejado muchos estadios de la costa. El estadio era una medida griega de longitud equivalente a 185 metros. Ya era de noche (Jn), cuando Jes3s ve3a que estaban luchando por avanzar. Esta visi3n de Cristo es natural. A la claridad que habla en la noche, y con la Pascua cercana, acaso se estuviese en el cuarto creciente de la luna, pod3a, desde el mont3culo en que estaba, que dominaba sobre el mar, divisarlos. Esta brega en su navegaci3n era debida a que ase levant3 un gran viento» que adem3s les «era contrario» (Mt-Mc), y «el mar ten3a gran oleaje» (Jn), La depresi3n de la cuenca del Jord3n en 200 metros bajo el nivel del Mediterr3neo f3cilmente trae estas marejadas y tormentas.

Estando en esta situaci3n de brega y de remo y habiendo «avanzado unos 25 3o estadios», Jes3s vino a ellos «caminando sobre el mar» cuando era «hacia (Mc) la cuarta vigilia de la noche».

El lago ten3a en su direcci3n este-oeste unos 11 kil3metros y medio. La traves3a del mismo en esta direcci3n y con tiempo bueno se puede hacer en dos o tres horas. Pero los ap3stoles, a causa de la borrasca y del «viento contrario», s3lo hab3an podido avanzar 25 o 30 estadios, que son unos cuatro o cinco kil3metros y medio. Esto indica bien la fuerza del viento y el estado del mar.

Cuando Jes3s vino a ellos era sobre «la cuarta vigilia de la noche». En la 3poca de Cristo, los jud3os hab3an aceptado la divisi3n romana de la noche en cuatro vigili3s, aunque los antiguos jud3os s3lo conoc3an tres. Comenzaban a la puesta del sol—seis de la tarde—, nueve de la noche, media noche y tres de la ma3ana. Esta 3ltima se la llamaba «ma3ana» y se extend3a hasta el

otro.

Fue en esta cuarta «vigilia de la noche» cuando vieron a Jesús «caminando sobre el mar» y que, además, «venía hacia ellos» (Mc) y «se aproximaba a la barca» (Jn), pero «hizo ademán de pasar de largo». ¿Cómo pensar que una figura humana caminase sobre el mar flexible y alborotado con el dominio y seguridad del que va por tierra firme? Nada tenía de extraño que, por el miedo, todos, puesto que «todos le vieron y se asustaron» (Mc), gritasen, creyendo que aquélla era la aparición de un fantasma. Los apóstoles se muestran fáciles a estas creencias (Lc 24,37; Act 12,15) en las apariciones de Cristo; no son espíritus crédulos ni sugestivos a creaciones alucinantes sobre Cristo. La creencia popular era rica en estas historias. Por otra parte, tales apariciones eran consideradas en la creencia popular como cosas de mal agüero (Sab 17,4.14).

Pero, al ver el temor producido, Jesús les tranquiliza, declarándose quién es. El cambio fue rotundo. Al temor y zozobra de aquellas gentes aún primitivas sigue la paz y el ánimo. Pedro, impetuoso, interviene. Literalmente se lee de Pedro que «respondió» (apokrtheis), que corresponde al hebreo `anah y que lo mismo significa «responder» que «tomar la palabra, hablar». Pedro se dirige a Cristo para pedirle, como una garantía de su realidad, que, «si eres tú», entonces «hazme venir a ti sobre las aguas». Es notable esta transformación, pero es el carácter de Pedro. Al miedo sigue la confianza; al temor de un maligno fantasma sigue la confianza en su Maestro. No es lo espectacular de ir sobre las aguas lo que pide; lo que ruega con amor y como garantía es «ir a ti». ¿Por qué no aguardar a ir con todos en la barca? Por qué aquel ímpetu suyo? ¡Pedro! Es el Pedro de siempre. El del ímpetu, el del amor y el de la flaqueza.

Y bajó de la barca, acaso con algún tanto de precaución todavía, y sintió que el mar era suelo y que no se hundía. Caminó algún tiempo, pero, al ver que la violencia del viento no cedía, tuvo miedo. Y entonces, comenzando a hundirse—milagro hecho a Pedro, pero vinculado a su confianza en Cristo—, gritó despavorido sin duda: «¡Señor, sálvame!» Se figura uno a Pedro medio hundiéndose, levantando, con su voz, sus brazos al Maestro, y con gestos y voz pidiendo auxilio. Y Jesús, al punto, con rapidez y decisión, extendió su mano, lo cogió y le dice: «Poca fe [oligópiste], ¿por qué dudaste?» El hundimiento de Pedro estaba vinculado a su desconfianza. «Permitió también el Señor que Pedro se sumergiese, porque sería pastor. Quiso, por eso, mostrarle la fuerza y la debilidad». Miraba a la formación de aquel hombre fiel e impetuoso, que debía regir su Iglesia, para que no confiase en sí, sino en la virtud de lo alto. La «piedra» que en él había era roca sobrenatural.

Jn, atento a otra perspectiva en su evangelio, deja incompleto el fin de esta escena: «Querían meterlo en la barca». No destaca más que conatos de los apóstoles por traerle hacia ellos. Pues la interpretación de algunos, que dan a esta expresión el valor de «recibirlo espontáneamente», es menos probable.

Mt dice abiertamente que «subieron a la barca» Cristo y Pedro. Y nota Mt, con asombro, que, «cuando subieron a la barca, cesó el viento».

¿Es simple coincidencia esta simultaneidad entre subir Cristo a la barca y cesar el viento, o es un nuevo milagro de El? Aunque las dos posiciones son posibles, parece que en la perspectiva de los evangelistas se incluye esto como una nueva prueba del poder de Cristo (Mt 13,27; Mc 4,41; Lc 8,25).

Pero Jn añade un nuevo detalle complementario que sirve de interpretación a

esto: después que subió a la barca, «al punto (eutheos) la barca arribó a la tierra a que se dirigían». ¿Se trata de un nuevo milagro? Cabía pensar que, al cesar el viento, se facilitó la labor de remar y que, estando cerca del punto donde se dirigían, llegaron en seguida. La forma euthéos, «en seguida», no tiene un valor inflexible ni es por necesidad equivalente a inmediatamente. Así lo sostienen algunos autores. Esto, si se interpreta de una proximidad de Betsaida, situada en la costa oriental, acaso fuera posible. Pero si se pone en la ribera occidental, como la escena pasa en la «cuarta vigilia de la noche», y como hasta este momento sólo habían podido remar unos «veinticinco o treinta estadios» (Jn), que son unos cuatro o cinco kilómetros y medio, hasta la ribera opuesta faltaban aún unos seis kilómetros por recorrer. En esta hipótesis manifiestamente se supone el milagro.

Todo esto causó una impresión muy profunda en los apóstoles. Mc abiertamente lo declara: «Interiormente estaban muy asombrados». La razón de ello es—dice—que «no habían entendido lo de los panes, sino que su entendimiento estaba embotado». El «corazón» es en la psicología judía antigua sede del conocimiento.

El valor de esta frase no es el que no se hubiesen dado cuenta de la multiplicación de los panes, puesto que reconocieron que no había más que cinco panes y dos peces, y que, sin que tuviesen doscientos denarios, no podían comprar pan para dar de comer a cinco mil hombres, más las mujeres y los niños; milagro que constataron después al recoger doce canastas de sobras. El pensamiento es que los apóstoles no habían sacado las consecuencias que aquel milagro entrañaba sobre la persona de Jesús.

Por eso, al terminar este día histórico, Mt dice que «los que estaban en la barca», pero seguramente al bajar a tierra, y ante el milagro de cesar el viento y llegar súbitamente a tierra, o se prosternan delante de El...» El término griego que se usa (proskynesan) no indica, de suyo, un acto de adoración, sino simplemente un acto de reconocimiento y de inferioridad. Es una de las formas usuales de mostrar respeto ante los superiores: reyes o jerarquías. Su traducción es «prosternarse». Y, «prosternados» delante de Cristo, dijeron: «Verdaderamente eres Hijo de Dios». ¿Cuál es el sentido de esta expresión? Todos admiten, como mínimo, que es la confesión de la mesianidad de Jesús. Los poderes con que aparecía dotado y la multiplicación de los panes en el desierto, que es oca la escena de Moisés, y que era esperado que el Mesías trajese una nueva lluvia de maná, lo mismo que el querer proclamarlo rey de las turbas (Jn 6,14.15), manifiestamente exige, en esta expresión, la proclamación de la mesianidad de Cristo. Pero ¿no podrá ser índice también de su divinidad?

En absoluto, el término «Hijo de Dios» no parece sea sinónimo de Mesías.

Por otra parte, aunque aquí aparece el término sin artículo, no sería obstáculo filológico ni al mesianismo ni a la divinidad, como se ve en otros pasajes evangélicos. En algunos pasajes significa la filiación divina.

Si esta frase aquí es primitiva, no habría inconveniente en que expresase la divinidad. Pues ya en otros contextos anteriores de Mt—contexto literario—, pero que responden cronológicamente a momentos anteriores a éste, Cristo había proclamado ante ellos su divinidad (Mt 11,27; 12,6.8). No sería, pues, improbable el que los apóstoles, aun con una comprensión más o menos velada de la misma, y fuertemente impresionados ante este milagro, más espectacular que la multiplicación de los panes—que los orientaba al

mesianismo revolucionario, como precisa Jn—, se prestaba a que sacasen conclusiones más profundas. Dios aparecía como dueño que «camina sobre las crestas del mar» (Job 9,8). Y en el ambiente en que se movían, caminar sobre algo, v.gr., sobre un país, era dominarlo, ser dueño del mismo. Y aquí, tener dominio sobre el mar era dominarlo, ser dueño de él.

Pero, como en Jn, los apóstoles llaman a Cristo, después de la multiplicación de los panes, «el Santo de Dios» (Jn 6,69), hace pensar esto que la expresión de Mt aquí pueda ser una interpretación posterior del Mtg, pero con el sentido de proclamación de la divinidad. Como lo era la fe de la Iglesia y el sentido en que habían de interpretarlo los lectores a quienes iba destinado.

***(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p. 343- 347)***